

# LA AZUCENA.

REVISTA QUINCENAL

DEDICADA A LOS AMANTES DE LAS CIENCIAS, LETRAS Y ARTES,

Y ESPECIALMENTE

AL BELLO SEXO.



Esta REVISTA se publica  
los días 15 y 30 de cada mes.

DIRECTOR PROPIETARIO  
DON ALEJANDRO TAPIA Y RIVERA.

Precio de la suscripcion.  
12 rs. ctes. por trimestre adelantado.

Se remite á la Isla franco de porte.

S. Sebastian - 75.  
PUERTO-RICO.

Solo se admite suscripcion por trimetr.

## TRADICIONES POPULARES.

### EL CRISTO DE LOS PONCE.

Corría el año de 1,528 y la Ciudad de Puerto-Rico empezaba á levantarse pobremente en el mismo sitio en que hoy subsiste, aunque muy engrandecida relativamente á aquellos lejanos tiempos. Todavía los antiguos pobladores de la villa de Caparra no habían trasladado probablemente por completo su residencia á la isleta, en que habian de fundar la Capital de la provincia; y la naturaleza se enseñoreaba aun magestuosamente del uno al otro extremo del pequeño territorio, prodigando el verde matiz de su rica y variada yegetacion, que balanceada por los vientos tropicales, debía ofrecer á la vista un constante oleaje parecido al del vasto oceano que por todas partes lo circua. Hubiera podido tomarse por un pequeño golfo, cuyas olas de un verdé oscuro mas pronunciado que el de las aguas que lo rodeaban, se agitaban con un movimiento particular. Puras y embalsamadas debian ser las frescas brisas que entónces se respiraban en esta localidad, sin que se opusieran mas obstáculos á su paso que las pobladas copas de los mameyes, de los mangos, de los naranjos y de los tamarindos que sin duda crecian en abundancia desde la punta del Morro hasta la de San Antonio, proporcionando grata habitacion á las canoras avecillas que debieron ser, con sus dulces y variados cantos, uno de los mas agradables pasatiempos de aquellos primitivos habitantes.

Á la parte oeste de la isleta y en la cima de una pequeña cuesta que bajaba directamente al mar, se levantaba la Iglesia Catedral, humilde como la poblacion que representaba: pobres tapias que sostenian una cubierta de tejas formaban el augusto santuario en que se elevaron al Altísimo las plegarias de los primeros puerto-riqueños, que no por eso tenian menos fé ni menos esperanza en la Divina Pro-

videncia. Al rededor del templo santo y como para darle proteccion, se veian diseminadas algunas modestas casas en su mayor parte de madera y cuyo número no pasaba de ciento. Extendianse en direccion al norte y noroeste, como para servir de lazo de union entre la iglesia, el monasterio de Santo Domingo, que ya dejaba ver una gran parte de las obras que lo constituyeron mas tarde, y una casa que, situada en el punto mas elevado del terreno hacia el noroeste, se distinguia de las demas de la poblacion por sus blancas fachadas completamente aisladas por los cuatro lados y por sus pretensiones de fortaleza, que por tal podia tomarse la forma especial de su azotea que figuraba una torre almenada.

Era esta la casa de Juan Ponce de Leon, ó mejor dicho de su familia, puesto que él habia salido de Puerto-Rico para su segundo viaje de la Florida, en 26 de Febrero de 1521, cuando la casa tal vez no estaba ni en cimientos, cuando quizas no existia de ella mas que el proyecto y quizas tambien el sitio que pudo escoger el mismo Ponce como el mejor de toda la isleta, ya por su situacion elevada, ya tambien por las hermosas vistas que en ella se tienen, puesto que domina los alrededores en todo el ámbito que corre desde el noroeste hasta el sudeste, inclusive la entrada del puerto; tal vez, en sus ensueños de gloria, pretendió situar á su familia de manera que pudiera ser la primera que tuviese la satisfaccion de verle volver victorioso de su arriesgada expedicion, ó de nuevo nombrado para el gobierno de la Isla, en que tan azarosos dias habia pasado en medio de la envidia de los unos y del despecho de los otros.

Era la mañana del 25 de Octubre de 1,528, y el sol empezaba á alumbrar uno de esos hermosos dias tropicales, en que no se sabe que admirar mas, si la pureza del cielo, ó la brillantez de la luz, ó la suavidad de la brisa, ó el grato susurro de los bosques ó la hermosura del tranquilo oceano que apenas murmuraba

cual tímido arroyuelo. Empero, aquella hermosa mañana, cuyo perfumado ambiente ensanchaba el corazón y daba grato solaz al alma, había sido precedida de una noche tempestuosa, que había tenido en zozobra á los habitantes de la Ciudad, no tanto por sí mismos, puesto que sus pobres edificios eran bastantes á resguardarlos de aquel vendabal no de los mas terribles en tierra, cuanto por los pobres navegantes que les cogiera la tempestad cerca de las costas.

Presa de este temor era sin duda todavía en la mañana á que nos referimos una esbelta jóven como de veinte y cuatro años que, recostada muellemente en una de las ventanas de la fachada oeste de la casa de Ponce y que acariciando maquinalmente á dos hermosos niños que tenía en las faldas, fija la vista en alta mar, dejaba conocer en su semblante la tristeza de su alma y revelaba en la fijeza de su mirada el temor de que se hallaba poseída. Esa jóven era Doña Leonor Ponce de Leon y Loaysa, hija del conquistador de Borinquen. Las lágrimas que rodaban frecuentemente por sus mejillas y que apenas se cuidaba de enjugar, eran la fiel expresion de su dolor, no solo por su desdicha pasada, sino por las que temía pudieran sobrevenirle en el porvenir. Después de haber perdido á su padre sin el consuelo de tenerle á su lado; de haber sufrido contrariedades por su matrimonio con el Licenciado Antonio de la Gama, al que tambien tuvo el dolor de verle partir para la Península, en aquellos tiempos en que tan largos y azarosos eran los viajes; después de separarse de su hermano Don Luis que fué á hacerse cargo de su adelantamiento de la Florida; y después de haber tenido que huir precipitadamente, hacia solo algunos dias, de San German, en donde los corsarios saquearon é incendiaron su casa; en aquellos momentos esperaba de nuevo á su esposo, y la pasada tempestad había llenado de zozobra su alma por la vida del que le era tan querido.

De repente un grito de terror se escapa de sus labios; y mientras con la mano derecha señalaba hacia el mar, con la izquierda cubría su rostro bañado con el copioso llanto que derramaban sus ojos, y que al caer sobre la frente de sus hijos hizo brotar instintivamente las lágrimas de los inocentes niños.

— Allí! exclamó con voz entrecortada. Allí! En el puerto! Ha naufragado! Y sin aliento para mas, cayó exánime en los brazos de su madre que había acudido presurosa á su socorro.

Merced á los cuidados de esta, pronto recuperó el conocimiento D<sup>a</sup> Leonor, y haciendo un esfuerzo supremo para dominar su dolor, volvió á la ventana y mostró á su madre y á sus hijos una gran caja que el mar arrastraba

lentamente por su superficie en la misma direccion que traen los buques al entrar en el puerto. Temerosa de que fuera carga del buque en que esperaba á su esposo, deseaba la jóven que se cogiese aquella caja, mostrando en ello todo el anhelo que experimentan los corazones sensibles por poseer aquellos objetos que han podido tener contacto con la persona amada que ha muerto ausente. La madre accedió al deseo de la hija, y bien pronto cuatro Indios impulsaban vigorosamente con los remos una canoa que partió como un saeta de la playa que lamía la base del cerro en que se hallaba la casa de Ponce, para ir á apresar la caja. Gracias á lo tranquilo del mar y á lo suave de la brisa, la operacion se hizo mas rápidamente de lo que era de suponerse; y dos horas después, la caja, remolcada por la canoa, tocaba la misma playa de que había salido ésta, y en donde la esperaban Doña Leonor y su madre.

La impaciencia de la primera no permitia retardar el conocer el contenido de la caja, creyendo que en su interior habría algun objeto quizas por el que pudiera deducir si su esposo venia en la embarcacion, cuyo naufragio revelaba la caja que de tan extraña manera acababa de adquirir y de la que ninguna marca ni señal daban á conocer ni el origen ni el destino; y su madre, no solo por calmar su ansiedad sino esperando tambien mitigar su dolor á la vista de las novedades que el bulto encerrase, consintió en que desde luego se abriese, cuidando ella misma de dirigir en el trabajo á los Indios para que no dañasen el contenido.

Trás de mucho martilleo y largo forcejear saltó la tapa al fin; y entre madre é hija fueron cuidadosamente sacando el papel picado de que se hallaba rellena la caja. ¡Cuál no sería el asombro de ambas cuando en mitad de su tarea descubrieron una efigie de tamaño natural representando á Jesucristo crucificado! En el pavor que se apoderó de sus almas, no se atrevieron á volver á poner sus manos en la caja; y postrándose las dos y detrás de ellas los Indios, permanecieron todos largo rato en profunda veneracion.

Doña Leonor fué la primera que la interrumpió, y dirigiéndose á su madre, le dijo inundada nuevamente en lágrimas:

— Madre; Dios me ha mandado esta preciosa imágen para que contemplando en ella los horribles tormentos que por nosotros sufrió nuestro divino Redentor, encuentre consuelo mi dolorido corazón; recibámosla pues con agradecimiento y démosle nosotros y hagámosle dar por todo este pueblo religioso el culto que le es debido, en tanto que llegamos á saber para qué iglesia iba destinada.

El corazón de la madre se ensanchó de



gozo al oír estas palabras. En aquellos momentos experimentaba no solo la dulce satisfacción propia de su piadosa alma ante el hallazgo que habían tenido, sino también el contento de su cariño maternal por la tranquila resignación de su hija, al descubrir el contenido de la caja, aunque por medios muy distintos de los que ella se había imaginado. Tal vez en aquel instante, allá en el fondo de su alma, pensó Doña Isabel de Loaysa, cuán diversos son los caminos que sigue la Providencia y los que pretende emprender la mezquina previsión humana para remediar nuestros males!

Bien pronto fué conducida la caja con su precioso contenido en hombros de las dos Sras. y los cuatro Indios, haciéndole cortejo los dos niños hasta la casa de los ilustres Ponce; y una vez allí, no tardaron mucho madre é hija en instalar un altar provisional donde colocaron la imagen, cuyos pies, cual otra Magdalena, sinó en lo del arrepentimiento en lo aflijida, regó con sus lágrimas Doña Leonor.

Poco tiempo bastó para que la escasa población de la ciudad se enterara de tan extraordinario suceso, y durante horas enteras la casa estuvo como templo en jubileo, tal era el continuo entrar y salir de vecinos, á todos los cuales relataba la jóven la historia del hallazgo, añadiendo siempre su profunda gratitud á Dios por el consuelo que había recibido en medio de su dolor.

Medio día habría trascurrido ya, cuando la gente que aún continuaba concurriendo á la casa de los Ponce, encontró otra causa de admiración, no tan extraordinaria como la que va narrada, pero sí de gran interés para todos los habitantes de la ciudad. Un bergantín nacional entraba por el Puerto, sin duda procedente de Sevilla; y la generalidad de los curiosos bajó á la playa, por donde se halla hoy la puerta de San Juan, que era entonces el lugar de las descargas y los desembarcos. Á poco de haber fondeado la embarcación y haber venido á tierra su gente, recibió Doña Leonor una carta que el capitán le traía. Era del Licdo. Antonio de la Gama, que le participaba haber sido nombrado nuevamente Juez de residencia de la Isla, y que se embarcaba para ella el día 7 de Octubre. El primer impulso de la amante esposa fué caer de nuevo ante la imagen del Crucificado: aquella carta era el objeto que ella buscaba en la caja y que Dios le proporcionaba por otros medios: su esposo no había perecido en el naufragio cuyos preciosos restos había depositado el mar en su poder.

Ante la alegría que produjo la carta en todos los de la casa, y especialmente en Doña Leonor, que sentía desaparecer su dolor como había visto disiparse en aquella mañana á la salida del sol las negras nubes que la tempe-

tad había aglomerado la noche ántes sobre la naciente población, ya no se pensó mas que cumplir la promesa que se había hecho respecto á la efigie. Aquella misma tarde fué llamado el Reverendo Prior del Monasterio de Dominicos, para tratar del asunto, y su Paternidad, que juzgó desde luego que era una grande adquisición para el futuro templo de su orden la de la preciosa imagen de tan extraña manera aparecida, se prestó gustoso á los deseos de las piadosas Sras.

Convínose en que la imagen sería trasladada procesionalmente al Monasterio, en cuyo oratorio se colocaría hasta tanto que se terminase la obra de la iglesia del convento, apenas comenzada entonces; pero como para colocarla con la reverencia debida en el mismo oratorio era necesario un altar, madre é hija se obligaron á hacerlo construir desde luego por su cuenta; y teniendo en consideración el tiempo indispensable para ello, se fijó el 25 de Noviembre siguiente para su traslación.

Gran día debió ser este así para Doña Leonor y su madre como para los vecinos todos de la ciudad! Tal vez la traslación de la imagen fué la primera procesión pública que se celebró en Puerto-Rico y á la que acudirían sin duda en piadosa solicitud todos los habitantes, ya por sus religiosos sentimientos, ya por la novedad del suceso, y ya también por la veneración en que desde el primer instante se tuvo al Cristo de los Ponce, como se llamaba desde entonces la efigie, según cuenta la crónica! Esta fué al fin conducida al monasterio de los Dominicos, y al colocarla provisionalmente en el oratorio del convento, sin duda que hubo de realizarse alguna fiesta religiosa con toda la solemnidad que aquellos tiempos permitían. Terminada la ceremonia, á la que concurrieron Doña Isabel de Loaysa, su hija Doña Leonor Ponce y los niños de esta, y después de los plácemes que ella y todos los vecinos se dieron mutuamente haciendo votos porque no llegara el caso de tener que desprenderse de la preciosa imagen, á la que todos profesaban ya respetuoso afecto, las dos Sras. y los niños se retiraron á su casa, con el sentimiento de no encontrar ya en ella el Cristo que había llegado á hacerse objeto de sus frecuentes devociones.

Allí, sin embargo, las esperaba una agradable sorpresa, la mas grata que pudieran tener en aquel día madre é hija; como si la Providencia se hubiera propuesto demostrarles que quería recompensar los piadosos afanes, la religiosa solicitud con que ámbas habían acogido la imagen y habían trabajado para darle el culto que correspondía. Apenas traspasaron el umbral de aquella casa en que tan tristes horas habían pasado, sobre todo Doña Leonor, en medio de la soledad en que se encontraba su

amante corazón de esposa, cuando la primera persona que se les presentó y los acogió á todos en sus brazos fué el Licdó. Antonio de la Gama que acababa de llegar en el mismo buque que conducía al Electo de la Española, y que venía, como lo había anunciado, por Juez de residencia á la Isla. Difícil sería expresar los trasportes de júbilo de toda aquella familia que volvía á gozar un día de verdadera satisfacción, despues de ocho años de incesantes contrariedades. Baste decir que en medio de la alegría general, la tierna esposa no olvidó la historia de su imagen, y ántes de llegar la noche, los esposos habían visitado ya el oratorio de los P. P. Dominicos y venerado al *Cristo de los Ponce*....

Diez años despues de estos sucesos se había terminado la iglesia de Santo Domingo y sin duda alguna que Doña Leonor Ponce contribuyó con sus dádivas á levantar el altar en que se colocó el Cristo de los Ponce, en la nave lateral del norte del templo, frente á la puerta que dá á la plaza; pero porqué nuevas vicisitudes había pasado la pobre Sra! Su esposo había perecido al fin en un naufragio al llevar á la Península su residencia; y al recibir la noticia la amante esposa estuvo también á punto de morir, siendo salvada, segun dice un historiador de Puerto-Rico, por una persona desconocida que se introdujo en la casa como Médico y que desapareció despues de dejarla curada, sin que nadie supiese quién era ni de dónde había venido.

Hasta aquí llega la tradicion tal como la he oído relatar á algunas personas ancianas que tenían conocimiento con los últimos religiosos de la órden Dominica que existieron en nuestra ciudad.

La hermosa imagen á que ella se refiere, por cierto bastante notable como obra de escultura, continúa en el mismo altar frente á la puerta lateral del antiguo templo de Santo Domingo, hoy iglesia de San José, siendo objeto del culto y veneracion de todos los fieles; todavía en la actualidad se la distingue con el nombre del *Cristo de los Ponce*, sirviendo de dulce lazo de union entre las diversas edades de este pueblo; y en mas de una ocasion ha sido conducida en procesion por las calles, en rogativa pública, sobre todo en tiempo de sequía; porque el pueblo en su sencilla fé, cree que llueve necesariamente cada vez que se mueve la efigie, tal vez porque encuentra alguna relacion entre la lluvia y el medio prodigioso por el que apareció en esta ciudad el *Cristo de los Ponce*.

Puerto Rico.

Zembla.

## COFRESÍ.

### NOVELA

DE ALEJANDRO TAPIA Y RIVERA.

(Continuacion.)

### CAPÍTULO III.

LA PALOMA Y EL GUARAGUAO.

Y recreándose en la victoria, continuó murmurando palabras ininteligibles, al compas de la galucha del caballo, que volaba hostigado por el talon del jinete: desalmado golpe, que al repetirse una y otra vez sobre el vientre del pobre animal, produciase el eco cavernoso, nada grato para oídos compasivos; pero ¿quién podría compadecerle allí? Las selvas, si sienten, callan: un cadáver no compadece; y una fiera lejos de compadecer, goza en el mal.

Cruzaron la llanura caballo, jinete y muerta; y era de ver el semblante de aquel condenado, con alegría tan feroz, con expresion tal, que parecía su rostro el de Satanás volando á través del espacio con el inmenso regocijo de llevarse un alma!

Entre las expresiones que destrozaba en sus labios, mezcladas de votos, ternos y blasfemias horribles, podían percibirse algunas que revelaban los celos del tigre, el rencor de la hiena y el furor de todas las fieras juntas.

—Tú, el preferido, vén á buscarla. Te aborrezco mas que el Diablo á Dios.... Si pudiera beber tu sangre!.... Pero nó; con la que te juego tengo bastante por ahora.... ¡Cómo rabiarás! qué gozo!.... Y ¡cuán bonita es! Oh! Rosa: tambien te mataría, porque tu desden me ha dado mil muertes.... Maldita seas!

Y al decir esto, la besaba con furor.

—Oh! qué fría! ¿Si estará muerta? Su corazón no palpita, su semblante está tan pálido como esa infame luna que pretendía desbaratar mis planes con su eterno brillar; pero lo de la *fantasma* me ha salido á pedir de boca. Con zancos, sábana, cucurucho blanco y una tea de tabanuco, si no le amedrenté, como ha sucedido á hombres muy valientes; logré apartarle de Rosa, á quien puedo llevarme, mientras él me busca por el monte y en forma de *aparecido*. Verdad es que lo de la *fantasma*, era arriesgado, y pudo costarme la vida: la bala dió bien cerca de mí; pero no había tiempo que perder. Los expié en vano tantas noches! Esta podía ser la última. Diablo de capitán con sus precipitaciones! Pero es menester ir tras del oro y de la plata, aunque cuesten sangre y fuego—Si ésta mujer me hubiese querido, habría dado por ella todo el oro de mis rapiñas.



Con ella y con un barco ¿quién podría resistirme? Y todo el oro sería para los dos únicamente.... y ay! del que la mirase!

Al decir esto, la cubría de halagos, como si la ponzoña del escorpion fuese bastante á reanimar aquel hielo tan parecido al de la Parca. Sus brazos al rededor de semejante cuerpo, parecían los apretados anillos de la serpiente.

— Si estará muerta! — tornó á decir — Nó, está viva: es tan solo el susto lo que produce en ella este marasmo. Ya resucitará. Sin duda es el Demonio que me juega esta mala partida, para ver si la *cojo* miedo. Ni al Demonio temo: yo lo soy tambien.... Pero á ella.... nó; tampoco. ¿Cómo, miedo, si está viva? Pues qué, ¿así nada mas iba á morirse?

Y temblaba y estrechaba febril aquel cadaver, en tanto que el caballo aguijoneado ferrozmente, enardecía su galope al través de las malezas que á veces le cubrían; y en tan rápida marcha no valian piedras, ni troncos, ni accidentes del terreno. Pero la serpiente temblaba al contacto de aquel cuerpo frio y lo estrechaba más y más....

Cosa singular! El cuerpo estrechado parecía comprimir á la serpiente enroscada en él. Sentíase ésta mas apegada cada vez, mas unida al mismo, que comenzaba á ser pesadísima carga, ceñidora cadena mas dura que el hierro, que le oprimía, que le apretaba, que ya le ahogaba.... Sentía la necesidad de tomar aliento, de respirar siquiera....

Detuvo el caballo, sin lograr explicarse lo que le pasaba; y como quiso en vano desprenderse del cuerpo helado de la jóven, que parecía haberse adherido como propios los brazos suyos, hizo esfuerzo mayor para arrojarlo.... imposible! .... quiso saltar con él á tierra.... imposible tambien! ....

Imagíne el lector la pesadilla en que alguna vez habrá sentido la inercia tenaz de sus miembros, la imposibilidad absoluta de moverlos, el vano querer huir.... hierro pegado al iman, ostra que intentara desasir del mangle su adherida concha, moribundo testáceo que no pudiese con el peso de su dura vivienda; y comprenderá fácilmente lo que pasaba á Juancho.

Claro está que si él podía creer en pavorosas influencias de parte de los muertos, terror harto comun entónces hasta en los hombres mas animosos; no pretendemos que los lectores de nuestro tiempo lo tomen como él. En éste era sin duda fenómeno nervioso producido por el terror de que en vano pretendía no darse cuenta, y dimanado de varias circunstancias juntas, que á la manera de corrientes diversas venían á confluir en un solo cáuce, confundiendo en uno mismo y fuerte, sus leves impulsos anteriores. Tales eran: la soledad, que inflaba en su ánimo perturbado, porque en la soledad

está lo invisible: los misteriosos y fugaces ruidos de la noche, que podríamos llamar los ecos del silencio y que pasaban junto á él dejando en sus oidos palabras y acentos inexplicables; pero que su terror traducía en alimento del mismo: la yerta y pesadísima carga, con la sensación que experimentaría el verdugo, si su mano se quedase pegada, unificada para siempre con la cabeza cortada que abofeteó; y por último, el delito proyectado, cuya sombra iba tras él y delante y dentro de él, agigantándose en la imaginacion para dominarla; turbando sus ojos para que no viesen sino á él; zumbando en sus oidos para que no escuchasen sino su voz; paralizando sus miembros con mano de plomo, apretando su corazon con mano de hierro! .... Por fin, redobló el esfuerzo, esfuerzo máximo, supremo, insólito, inaudito, y cayó del caballo, del que pretendía lanzarse; dando en tierra con el cuerpo de Rosa, entre sus brazos entumecidos, que por fortuna, el suyo automáticamente libró del golpe.

#### CAPÍTULO IV.

##### LA CASITA DE ROSA.

No era extraño que Ricardo recorriese el monte sin hallar al que buscaba, ni dar siquiera con rastro suyo. Lo intrincado de aquellos era cosa tan comun en nuestra isla, que rara vez podía irse de un punto á otro sin tener que abrirse camino con el hacha y el machete; camino cuyas huellas borraba muy presto la asombrosa feracidad del país, favorecido por el calor de todo el año y por las frecuentes lluvias. Estos dos agentes, los mas poderosos en el reino de Flora, cubrían de frondosa espesura en un abrir y cerrar de ojos, los pocos desmontes que la enrarecida poblacion de la época se veía precisada á hacer, para el escaso cultivo y para el tránsito rigurosamente indispensable. Por esto, el ganado crecía manteniéndose salvaje en los grandes hatos que abundaban en la isla, aglomeradas entre pocas manos vastas extensiones, que sus propietarios visitaban rara vez, si es que lo hacían; siendo tal la espesura de las florestas, la abundancia de montes firmes y la escasez no ya de caminos, sino de simples veredas; que la cacería de cerdos y de aves domésticas (que con abundancia sumaba se habian alzado y hecho cimarrones) se tornaba casi imposible. La visita del Gobernador Dufresne dejó de girarse á la mayor parte de los puntos de la isla, en el siglo último, por lo impracticable de las vías ó por su falta absoluta, y en la época de nuestra narracion, sobrado quedaba aún de las antiguas dificultades.

Hablamos, no há mucho, de la ceiba de Guánica: árbol cuyas raíces cubren una exten-

sion de mas de setenta pasos en circuito, y que, como indicamos, contiene dos grandes alcobas en su tronco, obstruidas por un bosque de juncos, malezas y parásitas, por entre lo cual ha crecido algun árbol (mas de uno tal vez,) confundiendo su copa en el centro de este coloso de las selvas que parece abrazarle cariñoso con sus gigantescas ramas.

En frente, no lejos de este monumento histórico-vegetal, y hácia su norte, se alza una colina que parece brotada allí de repente, con pretension de interrumpir lo vasto de la llanura, y que ahora muestra la aridez caliza que entónces ocultaba con montuosa túnica.

Á sus sus piés corre hoy el sendero de Yáuco á Guánica, y en su falda estaba la casita de Rosa.

Era aquella morada verdaderamente rústica: de madera de palma con techo pajizo el cuerpo principal, y de yaguas la cocina; uniéndose ámbas partes por un pasadizo cubierto del propio material que ésta, segun se acostumbra en los campos de la isla.

Levantábase poco del suelo la dicha casa sostenida por vigorosos estantes, y veíase entre estos, junto á la escalerilla cubierta á su vez por cierto colgadizo ó barbacoa destinada á secar el grano y que se extendía á todo el batey; el becerrillo, que echado y rumiando allí, dejaba acopiarse en la ubre materna con su privacion de toda la noche, el contenido de algunos cocos de leche que debían servir para el desayuno de la familia.

Componíase ésta de la abuela de Rosa y de su hermano, *mudador* de oficio, pues comenzaba ya en algunos puntos la ceba de novillos al *canto de talado* ó á la sogá, como suele decirse; pero que á la sazón se ocupaba de preferencia en el pastoreo del hato. Muchos de estos hatos había en el país, aunque iban demoliéndose poco á poco para convertirse en haciendas de caña; y la finca mencionada era ya desde algunos años semi-ingenio á la moderna, gracias al progreso en el cultivo de aquella graminea, que se extendía y mejoraba en nuestros campos, aunque lentamente, para introducir con el tiempo los molinos de vapor, que aún no habían comenzado á sustituir á los trapiches de bueyes y en su mayor parte de madera. Época era ésta de progreso en la pecuaria, porque reemplazaba la sogá al cercado, y de transición en la vida rural de la isla que iba dejando de ser pastora, uno de los primeros pasos en el modo de ser de los pueblos, para convertirse en agricultora, segunda jornada en la vía de la riqueza pública.

La condicion de *arrimado*, como llaman en la costa Sur á los que se denominan *agregados* en la banda Norte, no impedía la cultura de algun terreno que solía, como hoy, permitirles el propietario. Así es que, pertenecien-

do á esta clase la familia de que hablamos, podía verse junto á la casucha referida, un corto platanal y algunas cuerdas aradas en parte, y en parte sembradas de cereales propios de la zona, y de batatas; siendo una y otra cosa el alimento preferido de los labriegos y aún de la rica gente campesina.

Estaba la casita cerrada y silenciosa, y las ventanas del cuerpo principal que contenían los dormitorios, tampoco mostraban luz por las rendijas que en la mayor parte de nuestras casas rústicas forman casi siempre las mal ajustadas maderas y peor cerradas hojas.

Ricardo había recorrido pues, inútilmente, parte del vecino bosque, y habíase vuelto al pié de la ceiba, donde le hallaríamos sentado. Pensaba sin saber qué: imaginaba sin acertar á imaginar lo acontecido. Sumamente desazonado nuestro mancebo, no lograba darse cuenta de la desaparicion de Rosa, á quien en vano también había buscado con ahinco en los alrededores de aquel árbol. ¿Qué pensar, pues, qué imaginar, y sobre todo, qué hacer?....

Su caballo que indiferente pastaba junto á la ceiba, debía ser el único testigo de lo que podía haber pasado á Rosa; pero testigo impasible y mudo, y como acabamos de decir, indiferente.

Casi desesperado, tomóle de la rienda, montándole resuelto á dar nueva batida al bosque; pero comprendiendo, por lo alto de la luna, que era avanzada ya la noche, recordó que en la madrugada próxima debía estar á algunas leguas de aquel sitio para embarcarse.

— ¡Qué horrible incertidumbre! — exclamó; y emprendió la marcha á escape en direccion del monte, con ojos que pretendían escurrir entre las sombras.

Su espada le abría en lo posible camino al través de tan tupidos matorrales, logrando á duras penas ganar algunos pasos por entre los mismos, y teniendo que perder la mayor parte del tiempo en desenlazarse de semejantes redes. Ya se enmaraña en alguno de los trepadores galaripos que en la selva abundan cayendo á modo de cabelleras, doradas ó verdes, de las frondosas lianas cuyas copas y troncos suelen cubrir casi por completo; ya entretejida rama le azota la mejilla; ya tiene que cerrar, y á toda prisa, los ojos para librarles de urticíneas pencas; por donde quiera tropiezos, inconvenientes y oscuridad, en que el caballo cierra á su vez los ojos, y azuzado, camina á tientas por entre yerbajos y matojos entrelazados que le enredan ó espinosos bejucos que le punzan....

Convencido al cabo, despues de algunas vueltas y revueltas árduas y difíciles, de lo inútil de su empresa, atrechó por donde mejor pudo y salióse de nuevo á la llanura llegando cabizbajo al pié de la ceiba: no había eneontra-



do ni rastro que seguir, ni motivo de sospecha que le llevase á proseguir en semejante exploracion.

— Sí, eso será. — exclamó acariciando una idea que venía á calmarle un tanto — Acaso su terror ante el *aparecido*, acrecentado por la soledad y mi tardanza, la impulsó á huir y á refugiarse en su casa. Mas vale así, ¡ojalá! Este pensamiento me tranquiliza. ¿Qué otra cosa puede haberle sucedido?

Con efecto, ¿cómo podía imaginar él lo que había pasado? Pero, á juzgar por esto, no conocía lo bastante á la doncella. — Rosa hubiera muerto allí de miedo, ántes que abandonar aquel paraje sin saber lo que había ocurrido á su Ricardo en tan sombría floresta.

Sin embargo, su amante no imaginaba en ella tanto tezon, ni la juzgaba heroína sino hasta cierto punto. La triste idea que el vulgo de los hombres tiene de las mujeres, no le llevaba á suponer ni tanto amor ni tanta decision aunque pasiva: la única decision posible en la infeliz paloma que el guaraguao acababa de arrebatar de allí.

Dirigióse Ricardo hácia la casita que hemos tratado de describir. Las ventanas de la misma estaban á la altura del ginete, que asentado en su montura y sin mayor esfuerzo, habría podido ver lo que pasaba dentro de la casa, á estar abiertas aquellas ó por las hendiduras de la misma á haber habido luz. Allí permaneció el mancebo durante algunos minutos, notablemente indeciso. Pensó en silbar como de costumbre, para recordar de este modo á Rosa su presencia en aquel sitio; pero temió alarmar á la abuela y causar quebranto á la pobre jóven, que tal vez acurrucada en su lecho y tapada de piés á cabeza para no ver la oscuridad, como suelen hacer los niños y mujeres temerosas, tratada de olvidar la *aparicion* del bosque, cuyo recuerdo la sobrecogía de espanto.

— Sí, acaso duerma ya: dejémosla — continuó Ricardo hablando consigo — El sueño será para ella beneficioso despues de tantas zozobras. ¿Qué no ha pasado la pobrecita! Sí, dejémosla. Á vuelta de viaje trataremos de poner remedio á nuevas ocasiones de *aparecidos* y *fantasmas*: hablaré decididamente al Capitan, y la llevaré conmigo.

Los ladridos del perro, de la casa, acabaron de decidirle á marchar, temeroso de suscitar á la enlutada mayores zozobras.

Pero partió á paso lento y vacilando; y cuando recordó lo adelantado de la noche, apresuró el andar de su caballo, no sin pararle, y como indeciso, mas de una vez. ¿Sería presentimiento de lo que había pasado á Rosa?... Emprendía de nuevo la carrera, no sin mirar hácia el bosque, como si tratase aún de descubrir al que había perseguido en vano, y hacer-

le pagar una osadía que no se resignaba á dejar impune.... Por último, la distancia y las malezas acabaron de ocultarle.

— Algun majadero, que acaso nada tendría que ver conmigo y á quien sin duda he hecho mal tercio. En este caso, no sería yo el agraviado ciertamente.

Tales fueron sus últimas palabras al ocultarse en las sinuosidades de su camino: esta suposicion, paliativo de su lastimado amor propio, era por el momento buen recurso para que continuase su marcha algo mas conforme.

(Continuará.)

### A UNA NUBE.

Nube errante, nube errante  
Que al cruzar en rándu vuelo  
Tiendes tu velo flotante  
Sobre el claro azul del cielo!

¡Fueran cual tú las sombrías  
Nubes que eternas se mecen  
En el cielo de mis días,  
Y que mi senda oscurecen!

Del sol las rubias guedejas  
Sólo ocultas un instante,  
Y para siempre te alejas,  
Nube errante, nube errante!

Mientras cual fúnebre manto,  
Cual señal de eterno duelo,  
Las contemplo con espanto  
Siempre flotando en mi cielo.

Cielo en que triste fulgura,  
Cual sol de la vida mia,  
La estrella de desventura  
Que llaman: *Melancolía*!

Y ni levisimos rastros  
Dejas; oh nube! al pasar;  
¡Y cuál ántes veo los astros  
Con nuevo esplendor brillar!

Y ¡ay! en mi cielo se placen  
Esas nubes tristemente....  
Ó si se alejan, lo hacen  
Tan lenta, tan lentamente!

Y en el loco pecho mio  
Que suspira por amor,  
Dejan un velo sombrío,  
Sombrio como el dolor!

Dejan en mí un desaliento,  
Y una congoja, un afán....  
Que ignoro si es mas tormento  
Cuando vienen ó se van.

Por eso al ver que los cielos  
Recorres, digo anhelante:  
“¡Fueran como tú mis duelos,  
Nube errante, nube errante!”

F. S.

En prensa ya nuestro número de la quincena anterior, cuando llegó á nuestra noticia el fallecimiento de la Sra. D<sup>a</sup> Úrsula Cardona de Quiñones, ocurrido en San German á principios del mes que ahora termina, no nos fué posible consagrar entónces á aquella señora el recuerdo que por mas de un concepto merecía, ni enviar al Director de *La Prensa*, nuestro buen amigo, el mas sincero pésame, puesto que ANGÉLICA, pseudónimo con que suscribía sus sentidas composiciones aquella malograda poetisa, estaba ligada á él por cercanos vínculos de familia.

LA AZUCENA cumple hoy este triste deber, dando el pésame á las letras y al amigo.

### EL ESCARABAJO DE ORO

POR EDGARDO POE.

(Continuacion.)

Al llegar á este punto de mis reflexiones, empecé á recordar y recordé en efecto con perfecta exactitud todos los incidentes sobrevenidos durante el intérvulo en cuestion. La temperatura era fria, ¡qué feliz nos ha sido este raro accidente! y un buen fuego ardía en la chimenea. El ejercicio me había hecho entrar en calor, y me senté junto á la mesa; al paso que vos estábais sentado al amor de la lumbre. En el momento en que recibíais el pergamino é ibais á examinarlo, entró mi perro y os puso las patas sobre los hombros. Le acariciásteis con la mano izquierda, procurando apartarlo de vos, dejando caer descuidadamente la mano derecha, con la cual teníais cogido el pergamino, entre las rodillas y muy cerca del fuego. Por un momento creí que la llama iba á consumirlo, é iba á deciros que lo retirárais; pero ántes de que yo hablara, lo retirásteis y os pusisteis á examinarlo. Cuando hube recordado todas estas circunstancias, ya no dudé de que el calor era el agente que había hecho aparecer en el pergamino la figura del cráneo. Ya sabeis que existen, y han existido en todos tiempos, ciertas preparaciones químicas, por cuyo medio se puede escribir en papel ó vitela caracteres que solo se hacen visibles sometiéndolos á la accion del fuego. Á veces se emplea el safre, cocido en agua régia y desleído en cuatro veces su peso de agua, y resulta un tinte verde. El régulo de cobalto disuelto en espíritu de nitro produce un color rojo. Estos colores desaparecen por mas ó menos tiempo despues de enfiada la sustancia sobre la cual se escribió; pero reaparecen por medio de una nueva aplicacion de calor.

Entónces examiné el cráneo con el mayor cuidado. Los contornos exteriores, esto es,

los mas inmediatos á la orilla del pergamino, se veían mas distintamente que los demas. Evidentemente la accion del calórico había sido imperfecta ó desigual. Encendí fuego y sometí todos los puntos del pergamino á un vivo calor. Al principio no logré otro resultado que reforzar las líneas algo pálidas del cráneo; pero continuando el experimento, ví aparecer en el extremo opuesto al en que estaba dibujada la cabeza de muerto, una figura que al principio tomé por la de una cabra, aunque un exámen mas detenido me convenció de que era un cabrito.

— ¡Ah! ¡ah! No puedo burlarme de vos; un millon y medio de dollars son cosa respetable para que yo me burle; pero no creo que añadais un tercer eslabon á la cadena. No puede haber relacion entre los piratas y una cabra; eso de cabras es cosa de pastores.

— Ya he dicho que no era una cabra, sino un cabrito.

— Corriente, cabrito; es casi lo mismo.

— Casi, pero no completamente. Habreis oido hablar del capitan Kidd; pues bien, consideré la figura del animal como una especie de firma logográfica ó geroglífica (*Kidd*, cabrito). Digo firma, porque el lugar que ocupaba en el pergamino sugería naturalmente esta idea. En cuanto al cráneo colocado en el extremo diagonalmente opuesto, parecía un sello, una estampilla; pero dejéme desconcertado la ausencia de todo lo demas, del cuarto de mi sonado documento, del testo de mi contesto.

— ¡Presumíais hallar una carta entre el sello y la firma?

— Algo de esto, y lo mas singular es que me sentía como irresistiblemente penetrado del presentimiento de una inmensa fortuna inminente. ¿Por qué? No puedo decirlo. Quizá era un deseo mas bien que una creencia; pero ¡creeréis que el absurdo de Júpiter de que el escarabajo era de oro macizo influyó notablemente en mi imaginacion? ¡Ademas, esa serie de accidentes y coincidencias era verdaderamente tan extraordinaria! ¿No habeis reparado todo lo que hay de fortuito en esto? Ha sido preciso que todos los sucesos se verificaran el único día del año en que ha hecho bastante frio para necesitarse fuego, y sin ese fuego, y sin la intervencion del perro en el mismo momento en que apareció, nunca habría tenido noticia de la cabeza de muerto, ni nunca hubiera poseído este tesoro.

— Seguid, seguid; estoy sobre áscuas.

(Continuará.)

*Establecimiento Tipográfico de Gonzales.*